

La cultura integracionista latinoamericana contra el panamericanismo

Por *Pablo* GUADARRAMA GONZÁLEZ*

Introducción

UNA VEZ LOGRADA LA INDEPENDENCIA de los países latinoamericanos, su conservación no era un asunto resuelto. De tal situación tenían plena conciencia no sólo los próceres que la gestaron, sino la intelectualidad que transitó de la vida colonial a la republicana, así como la que emergería en la nueva época.

Debe tenerse presente que las ideas sobre la futura unión de los países latinoamericanos una vez alcanzada la independencia habían surgido antes, durante la Ilustración¹ o desde los inicios del proceso emancipador, como pudo observarse en Francisco de Miranda, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, Simón Bolívar, José de San Martín, Bernardo O'Higgins, José Artigas y, en los casos de Cuba y Puerto Rico, en Eugenio María de Hostos, Ramón Emeterio Betances y José Martí, pero también entre otros artífices de dicho proceso. En este sentido, vale mencionar la propuesta de Juan Egaña y Juan Martínez de Rozas en Chile en 1810 de crear un gran Estado de la América Meridional con los reinos de Buenos Aires, Chile y Perú y con el nombre de Dieta Soberana de Sud América. Ese año el Directorio chileno convocó a una Confederación de los Pueblos del Pacífico con el objetivo de prevenir una agresión de la Santa Alianza, así como evitar guerras entre dichos pueblos. En 1812 la Suprema Ley de Venezuela admitiría como miembros del Poder

* Profesor de Mérito de la Universidad Central "Marta Abreu" de Las Villas, Cuba; investigador emérito del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, Colombia; profesor de la Universidad Nacional de Colombia y de la maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia en colaboración con la Università degli Studi di Salerno; e-mail: <pabloguadarramag@gmail.com>.

¹ Véase Pablo Guadarrama, "Papel de la Ilustración latinoamericana en la gestación de la cultura integracionista", *Cultura Latinoamericana. Revista de Estudios Interculturales* (Universidad Católica de Colombia/Universidad de Salerno/Planeta), vol. 30, núm. 2 (julio-diciembre de 2019), pp. 119-146, en DE: <<https://editorial.ucatolica.edu.co/index.php/RevClat/article/view/3447/3201>>.

Ejecutivo a los nacidos en cualquier parte del continente siempre y cuando hubieran residido un año en el país. Por esa época, en Argentina, Mariano Moreno proponía la creación de un sistema federativo de la América española.

Todas estas propuestas ponen de manifiesto que la idea de la integración de los pueblos latinoamericanos no era descabellada y estaba muy presente entre quienes emprendían la lucha emancipadora y se preocupaban por poner a salvo sus conquistas. Por supuesto que las preocupaciones de los promotores de la cultura integracionista latinoamericana en esta nueva etapa serían algo diferentes, ya que no constituían un bloque monolítico, sino todo lo contrario, pues se enfrentaban al menos a tres posturas ideológicas muy diferentes: la federalista y la centralista —dentro de la forma republicana—, y la monárquica.² A esto se agrega que cada vez observaban con mayor frecuencia que la amenaza de atentados contra la soberanía de los pueblos recién emancipados no venía sólo de Europa, sino también del poderoso vecino norteño.

La cuestión de la supervivencia de los nuevos Estados estaría cada vez más articulada con el tema de la conformación de la identidad nacional, así como con el de una posible identidad latinoamericana, especialmente en confrontación con el naciente panamericanismo estadounidense que, influido por la Doctrina Monroe, amenazaba con devorar, con insaciable apetito, cada vez mayor cantidad de territorio.

Era lógico suponer que luego de tres siglos de dominación colonial ibérica se desataría una oleada de enfrentamientos con las instituciones políticas y jurídicas que habían servido a la metrópoli, además de una actitud crítica hacia múltiples manifestaciones de la cultura hispano-lusitana, que en algunos casos extremos llegaría a inculcar cierto rechazo a los idiomas castellano y portugués. Por fortuna hubo una generación intelectual que supo distinguir adecuadamente lo que debía ser criticado y lo que era necesario conservar, cultivar y enaltecer como elementos esenciales de la cultura latinoamericana; tal era el caso de los idiomas, lo cual en alguna medida contribuiría a mantener un nexo común esencial

² Javier Ocampo, *El proceso ideológico de la emancipación*, Medellín, La Carreta/UPTC, 2010, p. 353.

con sus pueblos, por lo que resultaban básicos para la cultura integracionista.

Algo fundamental pendiente de resolver en los países recién independizados que aspiraban a incorporarse al proceso de la construcción de la modernidad era la abolición de la esclavitud, esencialmente de la población de origen africano, pero también, de forma velada, de la indígena. El completamiento de esta tarea de justicia social³ no sería una simple cuestión de carácter económico y jurídico, sino que tenía otras implicaciones de carácter social y cultural, pues significaba, por una parte, admitir el mestizaje como un componente esencial de la identidad de los pueblos latinoamericanos, y por otra, reconocer las prácticas culturales, especialmente religiosas, tanto de los pueblos originarios como de los trasplantados de África y, en menor medida, sin ser ignorados, de Asia.

De manera que la conformación de ese mosaico étnico y cultural de la fusión de fuentes culturales de varios continentes —plasmado en la especificidad de nuevas manifestaciones musicales, literarias, plásticas y religiosas, entre otras— también se expresaría en el plano del pensamiento político, jurídico y filosófico. Las exigencias socioeconómicas particulares del contexto engendrado desde el proceso de la conquista y colonización europea —las cuales propiciaron que tanto la Escolástica como la Ilustración sufrieran ciertas metamorfosis y dieran lugar a formas más auténticas de expresión, así como de humanismo algo más práctico— se incrementarían con el inicio de la vida republicana.

El proceso independentista no significó la desaparición de las contradicciones ideológicas ya manifiestas durante el periodo colonial entre los mismos criollos, especialmente desde la segunda mitad del siglo XVIII entre conservadores y liberales. Incluso, en cierta forma ellas se acrecentarían desde el inicio de la vida republicana porque estaba en juego ya no sólo el poder de la metrópoli, sino también el de las oligarquías nativas, que se confrontaban por

³ “Aunque la emancipación desató incontenibles ansias de justicia social, se debe reconocer que no condujo a un cambio revolucionario de las viejas estructuras económicas y sociales. Tras el curso ‘jacobino’ que imprimieron a la lucha las clases explotadas y algunos dirigentes de la talla de Bolívar o Hidalgo, se produjo el retroceso, pues para la aristocracia criolla —que ocupaba el lugar que correspondía a una burguesía nacional ausente como clase— la revolución había llegado demasiado lejos”, Sergio Guerra Vilaboy, *El dilema de la independencia: las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)*, Bogotá, Fundación Universidad Central, 2000, p. 463.

su distinta actitud ante el despliegue de la modernidad y el progreso capitalista, opuesto a los arcaicos criterios de economías autárquicas. Tales conflictos se tradujeron, para los iniciales procesos integracionistas, en nefastas consecuencias precozmente advertidas por Bolívar y manifestadas en la frustrada unión centroamericana,⁴ entre otras.

Por otra parte, en ese mismo periodo inicial de la vida republicana afloraron nuevas ideologías en busca de alternativas frente al conservadurismo y al liberalismo, porque sus objetivos iban más allá de la simple independencia y aspiraban a mayores niveles de justicia social, como preconizaban el socialismo utópico y el anarquismo. No resulta extraño que, de manera inmediata y coexistente con sus manifestaciones en Europa, algunos precoces propugnadores de ideas socialistas enraizadas en suelo latinoamericano —como las de José Inácio de Abreu e Lima,⁵ general brasileño que combatió junto a Bolívar, las del argentino Esteban Echeverría,⁶ e incluso las que adelantaron procesos revolucionarios como la insurrección de los artesanos en Bogotá y movimientos similares en otros países de la región—⁷ sorprendiesen con propuestas que avizoraban futu-

⁴ Alberto Prieto, *América Latina: transiciones, integración y socialismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2016, p. 59.

⁵ “Lo extraordinario de la posición de Abreu e Lima, sobre todo en sus escritos sobre el socialismo, es justamente que haya defendido el proyecto socialista desde un punto de vista tradicional, es decir, prisionero del horizonte intelectual y social de ese entonces. Fue un criollo, en el sentido concedido a la palabra en la *Carta de Jamaica*, que pensó críticamente y luchó contra los intereses del imperio español y palpó el peligro del nuevo imperio que se estaba conformando”, Michel Mujica, “Prólogo” a José Inácio de Abreu e Lima, *El socialismo*, Luis Carlos Neves y Milton Morales, trads., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2010, p. xx.

⁶ En 1842 Echeverría sugería articular las ideas de justicia social con las particularidades socioeconómicas de las nacientes repúblicas latinoamericanas, véase Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, Buenos Aires, Ciencias Políticas, s.f., p. 67.

⁷ “En Colombia, en 1854, se produjo una rebelión de artesanos con gran influencia de las ideas socialistas, y su objetivo era crear una república popular. En Bogotá, desde 1849, Joaquín Posada y Fernán Piñeros divulgaban ‘los principios elementales del comunismo’. Las investigaciones históricas demuestran que las ideas socialistas y comunistas se dieron a conocer en la prensa de muchas ciudades latinoamericanas desde mediados del siglo XIX, especialmente a raíz de los procesos revolucionarios de 1848 en Europa. Pero no se trataba sólo de información periodística, sino de un trabajo de asimilación y utilización de dichas ideas para tratar de encontrar también soluciones a los problemas de esta región, aunque no se plantearan la instauración del socialismo”, Pablo Guadarrama González, *Marxismo y antimarxismo en América Latina: crisis y renovación del socialismo*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2018, p. 115, en DE: <http://dsh.izt.uam.mx/cen_doc/cefilibe/imagenes/libros-e/Pablo_Guadarrama-Marxismo_y_antimarxismo_en_America_Latina.pdf>.

ros conflictos sociales de mayor envergadura, aunque no existiesen condiciones para una alternativa de desarrollo socialista.⁸

A partir de entonces la articulación con la cultura occidental se haría cada vez más sólida, pues ya no estaría mediada por el autoritarismo monárquico ibérico ni por un catolicismo atado a la Contrarreforma, que frenaban la gestación y libre circulación de ideas humanistas ilustradas. Por el contrario, la ruptura de los férreos controles coloniales permitiría que circularan con más facilidad las ideas entre Europa y América, no en sentido unidireccional, sino recíprocamente, en un genuino proceso de transculturación. Se incrementarían las migraciones, incluso procedentes de Asia, así como la circulación de libros, revistas, obras teatrales, musicales, plásticas etc.,⁹ y en particular la movilidad de estudiantes e intelectuales, tanto dentro del ámbito de los países latinoamericanos como hacia Europa.

El hecho de que la mayor parte de la América conquistada por España y Portugal hubiese mantenido la cohesión que exigía el control colonial para la mejor explotación de sus pueblos, fundamentalmente en virreinos y capitanías, podría conducir a pensar que con el proceso de fragmentación que se produjo con la vida republicana se debilitaría la cultura integracionista. El objetivo del

⁸ “Las luchas sociales y de clase [...] de entonces no fueron desde luego bregas en pro del socialismo, ni podían serlo en un contexto precapitalista, consiguientemente carente de un proletariado moderno. Se enmarcaban, pues, en un horizonte cuyos límites objetivos eran los de una revolución democrático-burguesa, perspectiva en la que hay que ubicarlas evaluando la profundidad de cada movimiento en función del predominio del elemento democrático, es decir, popular, sobre el elemento propiamente burgués”, Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, México, Siglo XXI, 1977, p. 49.

⁹ “Ese proceso inacabado de construcción de la nación que se prolonga en los países latinoamericanos por todo el siglo XIX, se realiza por un sector creciente de la élite ilustrada, aquella que profesa y vive el proceso desde un ideario liberal, republicano y racionalista, el cual termina imponiéndose en todo el espectro político, incluso entre los conservadores. Se trata de un ideario que se canaliza con vehemencia a través de diarios, revistas, obras históricas, tratados de jurisprudencia, discursos políticos, leyes, agrupaciones sociales, clubes de reforma, logias masónicas, instituciones educativas, novelas, piezas de teatro, expresiones gráficas y hasta modas y actitudes vitales. Con sus agentes y circuitos, todo este multifacético conjunto se constituyó en lo que se llamó cultura republicana de cuño liberal, en torno a la cual se conformó en el siglo XIX un espacio cultural común, que tuvo como eje a las élites ilustradas, con sus distintas y a veces contradictorias redes e intercambios. A lo largo de la historia resurgirán estas corrientes intelectuales bajo la forma de americanismo o integracionismo, por nombrar sólo algunas muestras de embriones de espacio cultural común”, Manuel Antonio Garretón, coord., *El espacio cultural latinoamericano: bases para una política cultural de integración*, Bogotá, FCE/Convenio Andrés Bello, 2003 (Colección popular, núm. 401), pp. 40-41.

presente análisis es precisamente demostrar lo contrario, esto es, que a partir de la vida republicana dicha cultura se fortaleció, al menos entre la intelectualidad y los líderes políticos más auténticos, en gran medida por la necesidad de oponerse al panamericanismo yanqui, que hasta la actualidad de una u otra forma sobrevive.

Desarrollo

ESTA hipótesis puede ser validada desde los primeros años de la independencia y se pone de manifiesto en quienes fueron maestros de Bolívar: Simón Rodríguez y Andrés Bello. Independientemente de sus respectivas posturas ideológicas, en ambos casos se observa la firme decisión de promover al máximo los valores culturales latinoamericanos, de ahí que a este último se le considere el libertador intelectual de estos pueblos.

Rodríguez, que había compartido con Bolívar el significativo juramento del Monte Sacro, sabía muy bien que la obra de su destacado discípulo no estaría completa hasta que se alcanzase la integración de los pueblos independizados, por eso puso su pluma en función de lograr ese objetivo, como se puede apreciar cuando plantea:

En honor de la virtud política de los antiguos cretenses [...] llamaron los griegos sincretismo toda unión que sofocara los partidos y conciliara las opiniones. Hagan las repúblicas nacientes de la India occidental un sincolombismo. Borren las divisiones territoriales de la administración colonial, y no reconozcan otros límites que los del océano. ¡Sean amigas si quieren ser libres!¹⁰

Es evidente que mantenía el criterio del Libertador, según el cual, ante la voracidad de los imperios coloniales y los nacientes neocoloniales, si los países independizados querían salvaguardar su soberanía no tenían otra alternativa que unirse.

Por su parte, Bello mantendría la idea de Bolívar según la cual la unidad de los pueblos latinoamericanos, que denominaba Nueva Iberia, era necesaria para lograr un mejor equilibrio del mundo. Así lo expresaría al afirmar:

¹⁰ Simón Rodríguez, *Sociedades americanas en 1828*, en *id.*, *Obras completas*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 2001, p. 292.

No ha faltado quien crea que un considerable número de naciones colocadas en un vasto continente, e identificadas en instituciones y en origen, y a excepción de los Estados Unidos en costumbres y religión, formarán con el tiempo un cuerpo respetable, que equilibre la política europea, y que por el aumento de riqueza y de población y por todos los bienes sociales que deben gozar a la sombra de sus leyes, den también con el ejemplo, distinto curso a los principios gubernativos del antiguo continente.¹¹

De manera, que tal tarea integradora la concebía también como digna de ser imitada por los europeos.

El arraigado americanismo de Bello se puso de manifiesto en su valiosa labor académica en Chile, de ahí que Leopoldo Zea considerase que “[él] como muchos de sus contemporáneos, en especial sus grandes coterráneos, Miranda, Bolívar, Rodríguez y Sucre, se sentía parte del gran continente descubierto por Colón y actuó como tal”.¹² En varias ocasiones Bello reiteraría su férrea convicción de promover la cultura integracionista a partir del criterio según el cual:

Las varias secciones de la América han estado hasta ahora separadas entre sí; sus intereses comunes le convidan a asociarse; y nada de lo que puede contribuir a este gran fin desmerece la consolidación de los gobiernos, de los hombres de Estado y de los amigos de la humanidad. ¿Qué relaciones de fraternidad más estrechas pueden concebirse que las que ligan a los nuevos Estados americanos entre sí? ¿Cuándo ha existido en el mundo un conjunto de naciones que formasen más verdaderamente una familia?¹³

Razones suficientes tenía el pensador venezolano para argumentar los elementos identitarios de los pueblos latinoamericanos, que no tenían parangón en otros continentes.

La encomiable labor por salvaguardar la lengua castellana,¹⁴ dirigida contra aquellos que como Sarmiento la denigraban, también constituiría un significativo aporte de Bello a la consolidación

¹¹ Juan Carlos Ghiano, *Andrés Bello*, Buenos Aires, CEAL, 1993, p. 47.

¹² Leopoldo Zea, “El americanismo de Bello”, en *Andrés Bello: valoración múltiple*, al cuidado de Manuel Gayol Mecías, La Habana, Casa de las Américas, 1989, p. 726.

¹³ Andrés Bello, *Principios de derecho internacional*, en *id.*, *Obras completas*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo x, p. 493.

¹⁴ Véase Miguel Rojas Gómez, “La teoría de la identidad cultural de Andrés Bello y su reafirmación a través de la lengua española”, *Islas. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales* (Santa Clara, Cuba, Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas), núm. 150 (octubre-diciembre de 2006), pp. 150-168.

de la cultura integracionista latinoamericana. De igual modo, su pensamiento jurídico contribuyó notablemente a esa tarea con su código civil arraigado en la terrenalidad latinoamericana,¹⁵ porque recomendaba a los jóvenes partir del análisis de las circunstancias específicas de estos pueblos, pues, a su juicio: “los trabajos filosóficos de Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile [o de Hispanoamérica]. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética”.¹⁶ El simple hecho de que dicho código fuese replicado en la mayor parte de las nacientes repúblicas latinoamericanas constituía una fehaciente prueba de las extraordinarias semejanzas entre ellas o símbolo de su identidad, por lo que su implementación significaba una sólida contribución a la cultura integracionista.

Al inicio de la vida republicana no faltaron algunos pensadores, como Juan Bautista Alberdi, ilusos en cuanto a los cambios ocurridos en el mundo, que ignoraban que la voracidad colonialista de las grandes potencias imperiales no había desaparecido. A partir de tales endebles presupuestos, en 1844 el pensador argentino proponía la creación de un Congreso General Americano:

La actual causa de América es la causa de su población, de su riqueza, de su civilización y provisión de rutas, de su marina, de su industria y comercio. Ya la Europa no piensa en conquistar nuestros territorios desiertos; lo que quiere arrebatarlos es el comercio, la industria, para plantar en vez de ellos su comercio, su industria de ella: sus armas son sus fábricas, su marina, no los cañones: las nuestras deben ser las aduanas, las tarifas, no los soldados. Aliar las tarifas, aliar las aduanas, he aquí el gran medio de resistencia americana. A la santa alianza de las monarquías militares de la Europa, quiso Bolívar oponer la santa alianza de las repúblicas americanas, y convocó a este fin su Congreso de Panamá. Señores, la oposición entre las dos alianzas santas ha desaparecido. No es el programa de Panamá el que debe ocupar el Congreso; no es la liga militar de nuestro continente, no es la centralización de sus armas lo que es llamado a organizar esta vez. Los intereses de América han cambiado: sus enemigos políticos han desaparecido. No se trata de renovar puerilmente los votos de nuestra primera época guerrera.

¹⁵ Véase Antonio Scocozza, *Filosofía, política y derecho en Andrés Bello: orígenes de la historia de la cultura civil en Latinoamérica*, trad. e introd. de Rafael di Prisco, Caracas, La Casa de Bello, 1989.

¹⁶ Andrés Bello, “Modo de escribir la historia”, en *id.*, *Temas de historia y geografía, Obras completas*, Caracas, La Casa de Bello, 1981, tomo XXIII, p. 240.

La época política y militar ha pasado: la han sucedido los tiempos de las empresas materiales, del comercio, de la industria y riquezas.¹⁷

Tal vez el autor de *El crimen de la guerra* idealizaba un pacifismo que la realidad lamentablemente no le confirmaría posteriormente. En sus románticas reflexiones¹⁸ expresaba:

Una de las grandes miras del congreso debe ser la consolidación general de la paz americana: serán medios para obtener este resultado, a más de todos los arreglos propuestos la amortización del espíritu militar, aberración impertinente que ya no tiene objeto en América. La independencia americana, su dignidad y prerrogativas no descansan en las bayonetas de sus pueblos: el océano y el desierto son sus invencibles guardianes: ella no es débil, comparada con la Europa; en su territorio, es fuerte, como el mundo entero.¹⁹

Pero lo más contraproducente es que su enfrentamiento al panamericanismo²⁰ lo lleva, por una parte, a sugerir que sólo deben concurrir al congreso general las repúblicas americanas de origen español y, por otra, a considerar que se debe invitar a Inglaterra, Rusia, Francia, Holanda y hasta a la misma España, por el hecho de que todas mantenían poder sobre territorios americanos. Tales incongruencias hacen evidente que, al margen de sus buenas intenciones, había asumido una postura utópico-abstracta que lo distanciaba parcialmente de las verdaderas urgencias de la construcción de la genuina cultura integracionista. No se trataba de

¹⁷ Juan Bautista Alberdi, “Discurso leído ante la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile para obtener el grado de licenciado” (1844), en DE: <<https://www.ersilias.com/discursos-de-juan-bautista-alberdi/>>.

¹⁸ Javier Ocampo, *La integración de América Latina: historia de las ideas*, Bogotá, El Búho, 1991, p. 253.

¹⁹ Alberdi, “Discurso leído ante la Facultad de Leyes” [n. 17].

²⁰ “El Congreso propuesto por Alberdi en su memoria se refería solamente a una *Comunidad regional latinoamericana*, pues el pensador argentino repudiaba el panamericanismo. El prócer quería que nuestra América se reuniera, pensara en su destino, hablara de sus medios, de sus dolores, de sus esperanzas. Reunida en asamblea general, con amplias facultades, se daría cuenta de sí misma y se haría conocer al mundo en su verdadera capacidad e incapacidad. De esa reunión saldrían normas de conducta para todos nuestros pueblos. El plan de Alberdi, casi medio siglo después de formulado en la *memoria*, fue reproducido por el ministro norteamericano Blaine al convocar, en 1889, la Conferencia Panamericana. Alberdi quería el Congreso para presentarse con dignidad frente al coloso que avanzaba avasallándolo todo. Blaine se apoderó del plan de Alberdi, con fines de dominación”, Alfredo Palacios, “Bolívar y Alberdi: comunidad regional iberoamericana”, en Leopoldo Zea, coord. e introd., *Ideas en torno de Latinoamérica*, México, UNAM, 1986, vol. 2, p. 1151.

negar la necesidad de unión de los pueblos latinoamericanos, sino que priorizaba el aspecto comercial y subestimaba la urgencia de alianzas militares entre estas repúblicas emergentes, que en ese momento eran muy débiles ante las potencias imperiales, que no habían desaparecido, a lo que se añadía la emergencia de otra más poderosa aún por su cercanía y voracidad.

Aunque el origen y evolución del nombre de América Latina ha sido controvertido,²¹ todo indica que comenzó a conocerse en Francia desde 1836, a partir de la denominación hecha por Michel Chevalier,²² quien además la distinguía, como católica, de la anglosajona y protestante del norte. Pero en verdad su uso tomaría fuerza dos décadas después,²³ cuando el colombiano José María Torres Caicedo y el chileno Francisco Bilbao promovieron un movimiento intelectual de latinoamericanos residentes en Francia, en favor de la unidad de esos pueblos y la exaltación de sus valores culturales. La utilización oficial del término se lograría mucho después, tras la creación de la Organización de Estados Americanos en 1948, cuando en las Naciones Unidas se propicia la conformación de la Comisión Económica para América Latina.

En 1856, Bilbao proponía en un discurso en París: “Ha llegado el momento histórico de la unidad de la América del Sur; se abre la segunda campaña, que a la independencia conquistada, agregue la asociación de nuestros pueblos”.²⁴ Con un criterio mucho más realista que el de Alberdi, aunque no sin algún ingrediente de utopía concreta, sugería:

Pero para arrancar a la conciencia de un continente sus secretos, al porvenir sus misterios, para crear nuestros destinos, la unión es necesaria —unidad de ideas por principio y la asociación como medio. Permitid que insista. Tenemos que desarrollar la independencia, que conservar las fronteras naturales y morales de nuestra patria, tenemos que perpetuar nuestra raza Americana y Latina, que desarrollar la República, desvanecer las pequeñeces

²¹ Véase Miguel Rojas Mix, *Los cien nombres de América*, San José, Universidad de Costa Rica, 1991.

²² Véase Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, CELARG, 1980.

²³ Enrique Ayala Mora, “El origen del nombre América Latina y la tradición católica del siglo XIX”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (Bogotá, Universidad Nacional de Colombia), vol. 40, núm. 1 (enero-junio de 2013), pp. 213-241, p. 217.

²⁴ Francisco Bilbao, “Iniciativa de la América: idea de un Congreso Federal de las Repúblicas”, en DE: <<http://www.filosofia.org/aut/002/fbb1285.htm>>.

nacionales para elevar la gran nación Americana, la Confederación del Sur. Tenemos que preparar el campo con nuestras instituciones y libros a las generaciones futuras. Debemos preparar esa revelación de la libertad que debe producir la nación más homogénea, más nueva, más pura, extendida en las pampas, llanos y sabanas, regadas por el Amazonas, el Plata y sombreadas por los Andes. Y nada de esto se puede conseguir sin la unión, sin la unidad, sin la asociación.²⁵

Su realismo se fundaba, sobre todo, en la mayor claridad que tenía en cuanto a las amenazas del panamericanismo. En consecuencia, planteaba:

Y todo esto, fronteras, razas, República y nueva creación moral, todo peligra, si dormimos. Los Estados Des-Unidos de la América del Sur empiezan a divisar el humo del campamento de los Estados-Unidos. Ya empezamos a sentir los pasos del coloso que sin temer a nadie, cada año, con su diplomacia, con esa siembra de aventureros que dispersa; con su influencia y su poder crecientes que magnetiza a sus vecinos, con las complicaciones que hace nacer en nuestros pueblos; con tratados precursores, con mediaciones y protectorados; con su industria, su marina, sus empresas; acechando nuestras faltas y fatigas; aprovechándose de la división de las Repúblicas; cada año más impetuoso y más audaz, ese coloso juvenil que *cree* en su imperio, como Roma también creyó en el suyo, infatuado ya con la serie de sus felicidades, avanza como marea creciente que suspende sus aguas para descargarse en catarata sobre el Sur.²⁶

Tenía suficiente claridad para desenmascarar la política yanqui, lo cual se evidencia en el planteamiento siguiente: “Sabemos que la Rusia es la barbarie absolutista, pero los Estados-Unidos, olvidando la tradición de Washington y Jefferson, son la barbarie demagógica”.²⁷ Por tal motivo se lamentaba de que

uno es nuestro origen y vivimos separados. Uno mismo nuestro bello idioma y no nos hablamos. Tenemos un mismo principio y buscamos aislados el mismo fin. Sentimos el mismo mal y no unimos nuestras fuerzas para conjurarlo. Columbramos idéntica esperanza y nos volvemos las espaldas para alcanzarla, tenemos el mismo deber y no nos asociamos para cumplirlo.²⁸

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Ibid.*

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Ibid.*

De manera que su contribución a la cultura integracionista fue significativa, no sólo desde la colonia de latinoamericanos residentes en Europa, sino a su regreso a Chile, donde continuaría esa meritoria labor.

Poco tiempo después de aquel memorable discurso de Bilbao, también desde París, José María Torres Caicedo propugnaba la creación de una Unión Latinoamericana. Consideraba que la federación no era adecuada para América Latina —término éste que ya también utilizaría— y a la vez criticaba cualquier excesiva centralización administrativa, por lo que consideraba que era mejor un régimen de mayor poder municipal. Su criterio se basaba en las diferencias en relación con los orígenes de los Estados Unidos de América, pues le parecía contraproducente tomar como referencia la forma de gobierno establecida en dicho país, con orígenes tan diversos. A su juicio: “En los Estados de la América latina, colonizados de un mismo modo, teniendo idénticas leyes, tradiciones, religión, ¿qué se quiere obtener con la federación *à contra-sens*? De la unidad se va al fraccionamiento, al desquicio. Allí no hay *pluribus unum*, sino *ex uno plures*”.²⁹

Para argumentar que sí era posible la unión de los pueblos latinoamericanos expresaba: “Bolívar y San Martín, esos dos egregios ciudadanos latino-americanos, realizaron la unidad de la América latina, antes de formular la teoría de la unión”.³⁰ A partir de ese criterio se podría llegar a pensar que resultaba más fácil la tarea de la integración que la de lograr la independencia; sin embargo, la historia no validaría esta hipótesis, y todavía en la actualidad sigue pendiente la primera en un sentido más pleno, aunque ya se hayan dado algunos significativos pasos.

Luego de fundamentar que la unión de los débiles no debía preocupar a los países poderosos si éstos respetaban el derecho ajeno, Torres Caicedo argüía: “Los países americanos que tienen un mismo origen, comunidad de intereses, idénticas tradiciones, las mismas instituciones, un mismo idioma, una misma religión y aspiraciones comunes, están llamados a unirse porque la unión es la más irresistible, como la más fecunda de las afirmaciones”.³¹ A

²⁹ José María Torres Caicedo, *Unión latino-americana, pensamiento de Bolívar para formar una liga americana*, París, Librería de Rosa y Bouret, 1865, p. 11.

³⁰ *Ibid.*, p. 19.

³¹ *Ibid.*, p. 22.

lo anterior añadía que “La América latina puede y debe formar una Liga mas no una confederación”.³² Y para fundamentar su criterio expresaba: “El pensamiento fecundo es el de Bolívar: la formación de la Unión y Liga americana”.³³

Las mismas razones que habían conducido al Libertador a proponer la imprescindible unión de los países latinoamericanos para salvaguardar la soberanía de las recientes repúblicas ante nuevas posibles amenazas, las esgrimiría el diplomático colombiano, tal como se aprecia a continuación: “Aun cuando la idea de la Unión y Liga americana es del todo *pacífica*, en más de una vez los pueblos americanos han vuelto a invocarla como un *Palladium* a causa de peligros de guerra y de conquista”.³⁴ A Torres Caicedo le sobran ejemplos para justificar, como lo hizo, las razones de su propuesta, pues con realismo hacía referencia a la invasión yanqui a México y al aventurero norteamericano William Walker en Centroamérica.³⁵ No era en absoluto un romántico, sino alguien que fomentaba la cultura integracionista como una necesidad de supervivencia de la soberanía de estos países. Sin embargo, fue algo ingenuo al considerar que las ideas de Monroe no eran injerencistas,³⁶ sino que lo era la interpretación que de ellas hicieron algunos continuadores.

Vale destacar que hasta un conservador como el chileno Diego Portales se había percatado desde temprano de las verdaderas intenciones de aquella pregonada doctrina, lo cual quedó evidenciado cuando en una carta dirigida a José Manuel Cea en 1822 expresa:

Mi querido Cea, los periódicos traen agradables noticias para la marcha de la revolución de toda América. Parece algo confirmado que los Estados Unidos reconocen la independencia americana. Aunque no he hablado con nadie sobre este particular, voy a darle mi opinión. El presidente de la Federación de N.A., Mr. Monroe, ha dicho: “se reconoce que la América es para éstos”. ¡Cuidado con salir de una dominación para caer en otra! Hay que desconfiar de esos señores que muy bien aprueban la obra de nuestros campeones de liberación, sin habernos ayudado en nada: he aquí la causa de mi temor.³⁷

³² *Ibid.*, p. 23.

³³ *Ibid.*, p. 24.

³⁴ *Ibid.*, p. 26.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*, p. 69.

³⁷ Diego Portales, “Cartas sobre Chile”, en Zea, coord. e introd., *Ideas en torno de Latinoamérica* [n. 20], p. 621.

Esto demuestra que no había que ser muy perspicaz para reconocer las verdaderas intenciones detrás de aquel enunciado. En la actualidad algunos declarados defensores públicos de la Doctrina Monroe, como John Bolton, no tienen recato al reivindicar que el petróleo venezolano debe ser administrado por empresarios “americanos”. Bien se sabe hoy quiénes son los exclusivos mercedores de ese gentilicio.

Ante la convocatoria del Congreso de Lima, que aspiraba a dar continuidad al proceso integracionista en 1865, Torres Caicedo reconfirmó las bases de la propuesta de unión que había expresado en 1861,³⁸ en la que se destacaban, entre otros, aspectos como “el de la nacionalidad de los hijos de todos esos Estados, que deberían considerarse como los hijos de una patria común, y gozar en todas esas Repúblicas de los mismos derechos civiles y políticos”.³⁹ Anheló que aún está por lograrse y que pareciera hoy imposible, pero no por eso menos indispensable.

Sin duda, este intelectual colombiano contribuyó notablemente en Europa a la promoción de la dignificación de la cultura latinoamericana, y de ese modo aportaba elementos para la consolidación de la cultura integracionista al declarar en 1879:

Si un Latino-americano ignora el nombre de un condado de Inglaterra o el de uno de los departamentos de Francia; si no conoce las proezas de tal o cual hombre de Estado, de tal o cual actor célebre [...] entonces, se le llama en seguida salvaje. Por el contrario, parece muy natural que se ignore en Europa, que en nuestra rica y fecunda América hay gentes que saben pensar y escribir, que piensan con acierto y luchan por la verdad.⁴⁰

³⁸ “En 1861, Torres Caicedo lanza en París las que llamó *Bases para la formación de una Liga Latino-Americana*, siendo ésta la primera incorporación formal de la idea naciente de América Latina, a la idea clásica [de] la Unión Continental. Como continuación del Tratado Continental, unos años más tarde, se convocó nuevamente en Lima un congreso ante las invasiones de México y Santo Domingo, por parte de Francia y España respectivamente”, Facundo Lafit, “La unidad latinoamericana: genealogía de un proyecto (1808-1930)”, en Osvaldo Barreneche, Andrés Bisso y Jorge Troisi Melean, coords., *Historia de América Latina, recorridos temáticos e historiográficos: siglos XIX y XX*, La Plata, UNLP, 2017, pp. 25-43, p. 34, en DE: <http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/64269/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1>.

³⁹ Torres Caicedo, *Unión latino-americana* [n. 29], p. 89.

⁴⁰ José María Torres Caicedo, “La literatura de la América Latina” (1879), en Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* [n. 22], “Apéndice C”, pp. 219-240, p. 227.

Todo aquel que ha enaltecido los valores de la cultura latinoamericana ha contribuido, a la vez, a la consolidación de la identidad de estos pueblos y, por consiguiente, a favorecer la cultura integracionista, por el simple hecho de que todos los ubicados al sur del Río Bravo, tanto aquéllos distantes como vecinos, al apreciar sus respectivos méritos expresan su mayor satisfacción por establecer entre ellos nexos identitarios de solidaridad. Aquella idea de José Martí según la cual nuestros pueblos han de conocerse porque han de luchar juntos, tenía en esa época enorme significado y en la actualidad mucho más.

Es evidente que la cultura integracionista no declinó con el inicio de la vida republicana, sino que por el contrario se fortaleció considerablemente, y uno de los factores que contribuyeron a fomentarla fue precisamente el enfrentamiento al panamericanismo. La injerencia de Estados Unidos de América en los asuntos de los Estados desunidos de América del Sur —como varios de aquella generación intelectual los denominarían— y sobre todo su voracidad anexionista, se demostraba fehacientemente con su intervención en la guerra de independencia de Cuba, en su afán por apoderarse de esa isla y de la de Puerto Rico.

Una prueba de que hubo intentos institucionales por mantener vivo el ideario bolivariano evidenciado en el Congreso de Panamá y su continuación en Tacubaya (1826-1828) fueron los esfuerzos por reanimarlos en los congresos de Lima de 1847-1848 y de 1864-1865. En esos años, cuando el término *panamericanismo* no había tomado aún cartas credenciales como lo haría a fines de siglo, algunos sectores conservadores trataron de lograr la benevolencia de Estados Unidos de América utilizando el de *americanismo*, hasta que se percataron de que era inútil el esfuerzo por mantener bajo el mismo patronímico de “americanos” a quienes desde la constitución de Filadelfia habían reservado solamente para ellos tal ciudadanía.

Según Arturo Ardao:

El panamericanismo con su consiguiente forma, el interamericanismo, constituye un caso de regionalismo, fenómeno propio de la historia moderna y contemporánea en el ámbito de las relaciones internacionales [...] De muy distinta naturaleza es el latinoamericanismo. Desde la perspectiva filosófica de la historia, profundo error para algunos resulta concebirlo como

un simple regionalismo (o sea un regionalismo menor subsumido en el regionalismo mayor del panamericanismo o interamericanismo). Si América o Panamérica (de allí el panamericanismo), así como Las Américas (de allí el interamericanismo), connotan una región geográfica, América Latina o Latinoamérica (de allí latinoamericanismo) constituye, en ese momento, una nacionalidad. Una nacionalidad en proceso histórico de organización, como lo fueron en el siglo XIX —en otra escala— Alemania o Italia. Y por ello, más que un regionalismo, aunque de éste presente muchos aspectos transicionales, el latinoamericanismo fue interpretado en aquella época como un nacionalismo, en cuanto expresión de una verdadera conciencia nacional, solía decirse.⁴¹

Resulta de interés tal diferenciación porque es cierto que el latinoamericanismo, desde que comienza a gestarse e incluso en sus antecedentes en el pensamiento ilustrado, más que una referencia geográfica constituye un sentimiento de identidad surgido del mestizaje entre los pueblos de origen hispano-lusitano, los indígenas y finalmente los de procedencia africana. Aunque fue un proceso largo de conformación, que ya el Libertador consideraba como una “especie intermedia” o un “pequeño género humano”, lo cierto es que dicho sentimiento se consolidaría mucho más durante la vida republicana. Al conjunto de estos pueblos se los llamó de distinto modo: antes del célebre ensayo de José Martí, varios lo llamaron nuestra América, pero sin duda el cubano, aunque no haya sido el primero en utilizar el término, lo consagraría de manera auténtica.

Una prueba de que el ideario integracionista —promovido por los próceres de la independencia, conscientes de sus posibilidades y obstáculos,⁴² y sembrado precozmente por Miranda, quien

⁴¹ Arturo Ardao, “Panamericanismo y latinoamericanismo”, en Leopoldo Zea, coord. e introd., *América Latina en sus ideas*, México, Unesco/Siglo XXI, 1986, pp. 157-171, p. 170.

⁴² “Los años finales de la mayor parte de los próceres de aquella gesta no se caracterizaron por una total satisfacción de lo logrado, al apreciar las intrigas y conflictos que se sucedieron y atentaban no sólo contra la necesaria integración, sino que incluso amenazaban la independencia de algunos países. Sin embargo, esto no significó que se arrepintiesen de la heroica labor realizada. Sabían que habían colocado los primeros pilares indispensables para la emancipación de los pueblos, y ese mérito jamás podrá dejar de ser reconocido. Por otra parte, tenían conciencia de que otras generaciones debían encargarse de la consolidación de lo logrado y alcanzar nuevas metas propiciadoras de la necesaria integración”, Pablo Guadarrama González, “Posibilidades y dificultades de la integración en el pensamiento independentista latinoamericano”, en Emilia Perassi y Pablo Guadarrama González, eds., *Integración en la globalización*, Bogotá, Penguin Random House, 2020, p. 103.

proponía renombrar a todos los países al sur de Mississippi como *Colombia*— no había desaparecido del todo la constituye una declaración de Justo Arosemena, pronunciada en un discurso en 1856 ante las amenazas expansionistas de Estados Unidos de América:

Tal es la suerte deparada a las dos grandes nacionalidades que se dividirán el continente. Siga el Norte desarrollando su civilización, sin atentar a la nuestra. Continúe, si le place, monopolizando el nombre de América hoy común al hemisferio. Nosotros, los hijos del Sur, no le disputaremos una denominación usurpada, que impuso también un usurpador. Preferimos devolver al ilustre genovés la parte de honra y de gloria que se le había arrebatado; nos llamaremos colombianos; y de Panamá a Cabo de Hornos seremos una sola familia, con un solo nombre, un gobierno común, y un designio.⁴³ [Con urgencia reclamaba el panameño] Necesitamos crear y consolidar nuestra nacionalidad en el sentido político. Enhorabuena en el conjunto de pueblos a que ligan lazos morales de religión, idioma, hábitos, vicios y virtudes, se tenga por nacionalidad bajo esos respectos. Yo entenderé siempre que si esos pueblos no establecen un gobierno común, la nacionalidad política no existe. Y que sin ella, la nacionalidad de raza, como la raza misma, son del todo precarias.⁴⁴

Debe tenerse presente que el término *raza* tenía en esa época un sentido diferente al de la actualidad, pues se refería a los pueblos latinoamericanos para diferenciarlos de otros del orbe, como era común referirse a la *raza anglosajona*, en correspondencia con el inicio del predominio de la filosofía positivista en esta región.⁴⁵

Lo más auténtico del pensamiento filosófico y político de nuestra región se caracteriza por la postura contestataria y contrahegemónica de Arosemena, postura que se evidencia en el discurso cuando expresa:

Lo que ellos llaman el *destino manifesto*, que no es sino una desmedida ambición, se funda no tan sólo en la alta idea que tienen de sí mismos, sino también en la feliz combinación de sus instituciones políticas. Desde su independencia vislumbraron, acaso por instinto, que un Estado republicano pide estrechos límites; pero que la aglomeración indefinida de pequeños Estados, puede asegurar para él *toda la propia índole republicana*, sin im-

⁴³ Justo Arosemena, “Discurso pronunciado en julio de 1856”, en Luis José González Álvarez, ed., *Temas de filosofía política latinoamericana*, Bogotá, El Búho, 1981, p. 84.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 83.

⁴⁵ Véase Pablo Guadarrama, *Positivismo y antipositivismo en América Latina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2004, en DE: <<http://biblioteca.filosofia.cu/php/export.php?format=htm&id=231&view=1>>.

pedir la extensión de la nacionalidad hasta donde lo permita la continuidad del territorio.⁴⁶

Por esa razón, aun advirtiendo las extraordinarias diferencias que existían entre ambas partes de América, consideraba que “pudimos y debimos imitar la conducta de nuestros adversarios”.⁴⁷ Aunque aseguraba que “hace más de veinte años que el águila del norte dirige su vuelo hacia las regiones ecuatorianas. No contenta ya con haber pasado sobre una gran parte del territorio mexicano lanza su atrevida mirada mucho más acá. Cuba y Nicaragua son, al parecer, sus presas del momento”.⁴⁸ Sugería que la forma de federación hubiese sido tal vez la más favorable a la unidad de los pueblos latinoamericanos para obstaculizar el vuelo de tan rapaz ave.

Varios coincidieron con esa idea de establecer una especie de Estados Unidos de América del Sur, como propuso Domingo Faustino Sarmiento, aunque en su caso motivado por su falaz contradicción entre civilización y barbarie, y por su *nordomanía* —diría Rodó—, embriagada de su admiración por la cultura británica, su desprecio por la hispánica⁴⁹ y por la raigambre indígena⁵⁰ y africana de estos pueblos, lo cual constituía un serio obstáculo para la cultura integracionista.

Sin embargo, tales consideraciones no impidieron que tuviera ideas integracionistas, aunque más orientadas hacia Estados Unidos de América, como lo evidencia el hecho de fundar un periódico en Nueva York que tituló *Ambas Américas*, orientado

⁴⁶ Arosemena, “Discurso pronunciado en julio de 1856” [n. 43], pp. 83-84.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 84.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 82.

⁴⁹ “Cuando España colonizó nuestra América todavía seguía en la oscuridad de la Edad Media. La Inquisición la condenó a ser una de las naciones más atrasadas de Europa. Para peor, los españoles incorporaron a su sangre la de indios y negros que apenas habían salido del salvajismo. No confundir las ‘masas americanas’ con el pueblo de las repúblicas adelantadas”, citado por Enrique Anderson Imbert, *Genio y figura de Sarmiento*, Buenos Aires, Eudeba, 1967, p. 150.

⁵⁰ “No hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y uno civilizado [...] No es nuestro ánimo abogar por las inútiles crueldades cometidas con los indios, pero no podemos menos que reconocer en los pueblos civilizados cierto odio y desprecio por los salvajes [...] Sobre todo quisiéramos apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia, y para nosotros Colocolo, Lautaro y Caupolicán, no obstante los ropajes civilizados y nobles de que los revistiera Ercilla, no son más que unos indios asquerosos a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos colgar ahora si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile, que nada tiene que ver con esa canalla”, citado en *ibid.*, p. 39.

al intercambio comercial, científico-tecnológico y de ideas entre las “dos Américas”. Tal vez éste constituyó uno de los precoces antecedentes del fracasado proyecto del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que demuestra que la cultura integracionista no siempre ha estado orientada exclusivamente a unir a nuestros pueblos, pues el panamericanismo yanqui, en confrontación con el latinoamericanismo, ha calado desde muy temprano en determinados sectores políticos e intelectuales de esta región. En otro momento Sarmiento proponía integrar en un sistema federal —en correspondencia con su geografía, herencia e historia— a Argentina, Uruguay y Paraguay, sin que ninguno fuese la cabeza, en una utópica isla que denominó *Argirópolis*, con una nueva capital en la isla Martín García, a la entrada de ríos libremente navegables por barcos de todas las banderas.

También José María Samper coincidiría con la idea integracionista por medio de una confederación, pues, a su juicio:

La experiencia ha demostrado la debilidad o importancia de las tres repúblicas en que se dividió *Colombia*, de las cinco en que se descompuso la nación *Centro-colombiana*, de las que surgieron del virreinato del Perú y de las tres o cuatro en que ha estado fraccionada la región vastísima del Plata. Es claro que su fuerza no podía venir sino de su unión, más o menos íntima y que estando habituada cada una de las quince repúblicas que componen a Hispano-Colombia a la autonomía superior de la nacionalidad, sólo un sistema de confederaciones voluntarias, pacífica y lealmente elaborado, podrá satisfacer las legítimas exigencias de cada Estado y establecer el equilibrio de todas. En presencia de la preponderancia del Brasil en Sur-Colombia, temible por diversos motivos, y del espíritu invasor de la familia anglosajona, en el Norte y el Centro, las repúblicas españolas necesitan hacerse fuertes, refundiéndose en grupos respetables y homogéneos.⁵¹

Proponía medidas de unión económicas, aduaneras, militares etc., así como la creación de una ciudadanía latinoamericana, idea que ha tenido numerosos continuadores.⁵² Ya en el año 1861 se podían

⁵¹ José María Samper, “Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas”, en González Álvarez, ed., *Temas de filosofía política latinoamericana* [n. 43], p. 88.

⁵² Véase Pablo Guadarrama González, “La integración y la utopía de una ciudadanía latinoamericana”, *Utopía y Praxis Latinoamericana. Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social* (Maracaibo, Universidad del Zulia), año 25, núm. 89 (abril-junio de 2020), pp. 22-37, en DE: <<https://produccioncientificaluz.org/index.php/utopia/article/view/31421/32823>>.

vislumbrar algunas consecuencias de la fragmentación de los pueblos latinoamericanos y la amenaza que significaba mantenerse desunidos ante la amenaza del vecino norteño. Así lo declaraba abiertamente al plantear: “Las repúblicas colombianas han sido hasta ahora impunemente humilladas e insultadas, a causa de su debilidad. Ellas tienen el derecho a defenderse y alejar los peligros y males de la guerra. La unión es la fuerza de los débiles, y nada más honorable que oponer a la ley del cañón rayado la habilidad y la inteligencia”.⁵³ Debe tenerse presente que cuando Samper habla de “repúblicas colombianas” se estaba refiriendo a toda América Latina, y que “el cañón rayado” no era otro que el que usaban los *cowboys* contra los indios del Oeste norteamericano, mismo que ya habían utilizado también para usurpar los territorios mexicanos.

Pero no sólo se atisbaba el peligro real del agresor yanqui, sino también de las potencias coloniales europeas, siempre dispuestas a engullir cualquier apetitoso terreno en estas latitudes, como lo demostraría la intervención francesa en México, la ocupación británica de las Malvinas o el retorno de la metrópoli española a Santo Domingo. Tal situación exigía que los abanderados de la cultura integracionista, como el chileno José Victorino Lastarria, orientaran su discurso contra la posible injerencia europea en tierras latinoamericanas. Y en ese sentido plantea:

Los gobiernos americanos deben aceptar su posición como es, y servirla como exigen las condiciones de la vida y del progreso de sus sociedades, de su soberanía e independencia. Pretender lo contrario, adherir a las exigencias de la política europea en América, será servir a intereses opuestos a los americanos que aquella política representa. Tal es la razón de la necesidad que tienen los gobiernos americanos de fijar en un Congreso general, o en tratados parciales, los principios que deben formar el código de sus relaciones mutuas, como una entidad caracterizada por circunstancias especiales, que la diversifican de cualquiera otra entidad política. Fijados esos principios, es consecuencia necesaria de su determinación señalar también la posición respectiva y los deberes que deben respetar cada uno de los miembros de esa entidad política americana, cuando uno de ellos sea víctima del antagonismo europeo, es decir de los intereses opuestos que la

⁵³ Samper, “Ensayo sobre las revoluciones políticas”, en González Álvarez, ed., *Temas de filosofía política latinoamericana* [n. 43], p. 95.

entidad europea, sea en el conjunto de todas sus potencias, sea parcialmente, puede hacer valer contra los intereses americanos.⁵⁴

De manera que la amenaza de posibles agresiones de viejas y nuevas potencias imperiales constituyó un motivo suficiente para que la cultura integracionista encontrara fomentadores entre intelectuales y personalidades políticas latinoamericanas desde el inicio de la vida republicana.

La idea de conservar el nombre de *Colombia* para referirse a todos los países latinoamericanos se mantendría por un largo periodo y fue expresada también por el puertorriqueño José María de Hostos en 1870:

Entonces el continente se llamará Colombia, en vez de no saber cómo llamarse; en vez de ser la patria de peruanos, chilenos, argentinos, mexicanos; cada república independiente en sí misma, concurrirá con todas las demás al gobierno internacional de todas y el poder exterior que no ha logrado crear la fuerza individual de cada una de las naciones constituidas, lo impondrá eficazmente la fuerza colectiva.⁵⁵

Tal afirmación evidencia que el concepto de *patria* había alcanzado en aquellos momentos una dimensión no sólo mucho mayor en cuanto a territorialidad, sino en su contenido al referirse a todos los pueblos latinoamericanos, al igual que había evolucionado en correspondencia con el concepto de *soberanía*.⁵⁶

El latinoamericanismo de Hostos estaría orgánicamente articulado con su antiimperialismo,⁵⁷ porque se lamentaba de que

⁵⁴ José Victorino Lastarria, “La América (fragmento)”, en Zea, coord. e introd., *Ideas en torno de Latinoamérica* [n. 20], p. 934.

⁵⁵ Eugenio María de Hostos, “Ayacucho”, *El Nacional* (Lima), 9-xii-1870, en González Álvarez, ed., *Temas de filosofía política latinoamericana* [n. 43], p. 107.

⁵⁶ Véase Pablo Guadarrama, “Soberanía y emancipación en el pensamiento político de la independencia latinoamericana”, en Lucía Picarella y Carmen Scocozza, eds., *Del pueblo soberano al soberano del pueblo: evolución del concepto de soberanía en la contemporaneidad*, Bogotá, Penguin Random House, 2019, pp. 337-360.

⁵⁷ “Hostos fue durante casi toda su vida un profundo admirador de los ideales y las instituciones democráticas estadounidenses. Pero ello no fue obstáculo para no darse cuenta que en la forma en que se hizo el mal llamado cambio de soberanía no fue en realidad sino un acto de imperialismo y que mientras no se llegase a una solución jurídicamente válida la presencia norteamericana en Puerto Rico seguía siendo simple y llanamente imperialismo”, Carlos Rojas Osorio, “Hostos, Martí y Albizu: su crítica del imperialismo”, *Exégesis* (Universidad de Puerto Rico), año 15, núm. 43 (2002), pp. 55-58, en DE: <http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/hostos-marti-y-albizu-su-critica-del-imperialismo/html/7d206cde-9524-4d52-86af-13d8723431df_2.html#I_0>.

hoy, 9 de diciembre de 1870, cuarenta y seis años después de la batalla de América contra España, el triunfo de aquella batalla no es completo, el compromiso contraído en el campo de Ayacucho por todos los pueblos en él representados, no se ha cumplido todavía. ¡Todavía no hay una Confederación Sudamericana! ¡Todavía hay pueblos americanos que combaten solitariamente contra España! ¡Todavía hay repúblicas desgarradas por las discordias civiles! ¡Todavía no tienen fuerza internacional las sociedades y los gobiernos colombianos! ¡Todavía puede un imperio atentar alevemente contra Méjico! ¡Todavía puede otro imperio destrozarnos impunemente al Paraguay!⁵⁸

La postura de Hostos confirma la regla según la cual la mayor parte de los defensores de la cultura integracionista latinoamericana fueron a la vez acérrimos antiimperialistas, especialmente en cuanto a las pretensiones extraterritoriales de Estados Unidos de América, especialmente los caribeños,⁵⁹ como es también el caso, entre otros, de José Martí⁶⁰ y Ramón Emeterio Betances.⁶¹ Este rasgo sería común a la mayor parte de los líderes e intelectuales

⁵⁸ Hostos, “Ayacucho”, *El Nacional* (Lima), 9-xii-1870, en González Álvarez, ed., *Temas de filosofía política latinoamericana* [n. 43], p. 108.

⁵⁹ Véase Antonio Gaztambide-Géigel, *Tan lejos de Dios... Las relaciones del Caribe con Estados Unidos* (2006), Madrid/San Juan de Puerto Rico/Santiago de Cuba, Otramérica/Callejón/Oriente, 2014.

⁶⁰ “Como auténtico hombre de su tiempo, en la época que le correspondió vivir se puso a tono con las nuevas exigencias, y su pensamiento y acción no sólo fueron anticolonialistas, sino que analizó algunos de los rasgos que transformaban la sociedad capitalista durante el siglo XIX, especialmente la norteamericana, y en consecuencia desarrolló un análisis y una actitud también antiimperialista. Martí tuvo plena conciencia de que vivía en una época de trascendentales cambios en la historia americana y mundial. Si bien el viejo colonialismo había comenzado a desmoronarse, nuevas formas de dominación colonial e imperial emergían, de ahí que calificara a los Estados Unidos de América como una nueva Roma. Como intelectual auténtico de su época no podía situarse al margen de aquellos cambios. Por el contrario, debía estudiarlos para sacar el mejor provecho con vistas a la orientación de los rumbos tanto de Cuba como del resto de los pueblos latinoamericanos ante los nuevos peligros que acechaban”, Pablo Guadarrama González, *José Martí: humanismo práctico y latinoamericanista*, Santa Clara, Capiro, 2015, pp. 286-287.

⁶¹ “Ramón Emeterio Betances es la figura más radical del independentismo puertorriqueño del siglo XIX. Pero si eso no fuera ya suficiente para establecer su grandeza, es también el más alto exponente en la zona del Caribe, refrendado no ya por una prédica sino por sus acciones de día a día, del concepto de integración de las Antillas y es, además, un visionario que sabe integrar las ciencias, los proyectos económicos y la acción política y militar en la construcción del futuro de nuestros países. En síntesis, la vida de Ramón Emeterio Betances estuvo alentada, fundamentalmente, por dos grandes pasiones, la independencia de Puerto Rico y la solidaridad antillana”, Félix Ojeda Reyes, “La sangre pide sangre: Betances ante el asesinato de Antonio Cánovas del Castillo”, *Exégesis* (Universidad de Puerto Rico), año 11, núm. 32 (1998), pp. 2-6, p. 5.

de todo el subcontinente, como Cecilio Acosta, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, José Ingenieros, Augusto César Sandino y José Carlos Mariátegui, entre otros.

No todos los propulsores de la cultura integracionista compartían la idea de lograr la unión de la totalidad de los países latinoamericanos de forma simultánea; en algunos prevaleció el criterio de hacerlo por regiones, como Centroamérica, la cuenca del Plata o las Antillas. Tal es el caso del puertorriqueño Ramón Emeterio Betances, quien proponía:

¡Qué espectáculo tan bello ofrecerán en breve al mundo americano las repúblicas de Cuba y Puerto Rico, Santo Domingo y Haití, formando tres nacionalidades distintas, hermanadas por los vínculos de la democracia y de la propia conservación y comprendidas en una sola comunión política bajo el hermoso nombre de Federación de las Antillas!⁶²

Como puede apreciarse, no consideraba un obstáculo el idioma y otros factores para incluir a Haití en su propuesta, del mismo modo que en otro momento incluiría a Jamaica y a Saint Thomas.⁶³

Uno de los mayores momentos de confrontación, y también de deslindar latinoamericanismo de panamericanismo, se produjo en aquella época en el congreso convocado en Washington en 1889, en el que se intentó la creación de una Unión Panamericana, ante la cual se pronunciarían con manifiesto recelo muchos dirigentes políticos e intelectuales de América Latina. No sólo el fantasma sino la Doctrina Monroe en carne y hueso reaparecería constantemente con las numerosas intervenciones militares yanquis en la región, como las de México, Haití, República Dominicana, Cuba, Puerto Rico, así como con la separación de Panamá. Tales acontecimientos decantaron el bando de los sietemesinos anexionistas, frente a los patriotas propugnadores del latinoamericanismo.

A partir de esa época sería muy difícil, por no decir imposible, promover la cultura integracionista sin asumir una postura de

⁶² Ramón Betances, “Santo Domingo (1869)”, en Emilio Godínez Sosa, sel., *Cuba en Betances*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1985, p. 94.

⁶³ “Situado en el extremo oriental de la línea que forman en el Golfo de México las islas de Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico, y acostumbrado a ser el punto de reunión de las líneas transatlánticas inglesas, francesas y alemanas, quizás más tarde, después de las agitaciones necesarias para la organización independiente de las islas, Saint Thomas esté destinada a ser englobada en una República confederada de las Antillas”, Ramón Betances, *Obras completas*, San Juan, Zoomideal, 2017, tomo x, p. 237.

enfrentamiento a la hostilidad yanqui, incluso por parte de intelectuales y políticos conservadores y liberales, o sea, distantes de posturas socialistas o anarquistas.

Entre quienes se han destacado por promover la idea de una patria grande se puede mencionar a Manuel Ugarte. Su crítica al panamericanismo y en especial al imperialismo norteamericano puede observarse claramente cuando plantea:

Desde el punto de vista colectivo, la dispersión nos perjudica más que una derrota diaria. Desde el punto de vista particular, cada república se halla indefensa ante las amenazas del imperialismo. No hay que gesticular con el pensamiento en lo que dirán los contemporáneos, sino en lo que fallará el porvenir. Los mejores patriotas serán los que pospongan los patriotismos locales al patriotismo continental.⁶⁴

Y en otro momento reitera: “Pero, además de la unión y la solidaridad, la América Latina tiene, para defenderse de la infiltración yanqui, una serie de recursos que, combinados con destreza, pueden determinar una victoria”.⁶⁵

Ugarte estaba convencido de que “sólo los Estados Unidos del Sur pueden contrabalancear en fuerza a los del Norte. Y esa unificación no es un sueño imposible. Otras comarcas más opuestas y más separadas por el tiempo y las costumbres se han reunido en bloques poderosos y durables”.⁶⁶ Previó el lamentable resultado de la agresividad yanqui al plantear:

Los Estados Unidos continuarán siendo el único y verdadero peligro que amenaza a las repúblicas latinoamericanas. Y a medida que los años pasen iremos sintiendo más y más su realidad y su fatalismo. Dentro de veinte años, ninguna nación europea podrá oponerse al empuje de esa enorme confederación fuerte, emprendedora y brutal que va extendiendo los tentáculos de su industria y apoderándose del estómago universal hasta llegar a ser el exportador único de muchas cosas [...] Entre los peligros que la acechan, el mayor, el que sintetiza a todos los demás, es la extraordinaria fuerza de expansión de la gran República del Norte que como el Minotauro de los tiempos heroicos exige periódicamente un tributo en forma de pequeñas naciones que anexa a su monstruosa vitalidad.⁶⁷

⁶⁴ Manuel Ugarte, *La nación latinoamericana*, comp., pról., notas y cron. de Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 21.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 6.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 4-5.

⁶⁷ *Ibid.*, p. xxi.

Ugarte tal vez haya sido uno de los que más promovieron la cultura integracionista mediante conferencias en varias ciudades latinoamericanas e incluso de Estados Unidos de América, pues todo indica que depositaba una gran confianza en la labor que al respecto podrían desarrollar artistas e intelectuales, con los cuales sostuvo un intenso intercambio comunicativo, como puede apreciarse en un artículo suyo publicado en 1901 en el diario *El País* de Buenos Aires:

Se dirá, quizá, que tales suposiciones sólo son sueños de poeta. Pero es necesario recordar que las pocas relaciones de alma que existen hoy entre las diferentes repúblicas de América Latina, han sido establecidas por escritores que han simpatizado y se han escrito sin conocerse personalmente. Algunas revistas de la gente joven fueron en estos últimos tiempos el hogar fraternal donde se reunieron nombres de diferentes países. Se podría decir que los artistas han hecho hasta ahora por la unión un poco más que las autoridades y a ellos les corresponde seguir agitando sobre las fronteras la oliva de la paz. Sobre todo en el caso presente, porque del buen acuerdo entre todas las repúblicas, depende la salvación o la pérdida de los latinos del Nuevo Mundo.⁶⁸

Como crítico del nacionalismo estrecho promovía un nacionalismo de mayor magnitud, esto es, referido a todos los países latinoamericanos:

Lo que nos ha perjudicado hasta ahora ha sido la noción que tenemos de la nacionalidad. Las fronteras están más lejos de lo que suponen los que sólo atienden a mantener dominaciones efímeras, sin comprender que por sobre los intereses del grupo están los de la patria, y por sobre los de la patria, los de la confederación moral que forman los latinos dentro del Continente.⁶⁹

En correspondencia con su perspectiva confluyente con ideas socialistas, manifiesta: “El buen sentido más elemental nos dice que las grandes naciones sudamericanas, como las pequeñas, sólo pueden mantenerse de pie apoyándose las unas sobre las otras. La única defensa de los veinte hermanos contra las acechanzas de los hombres es la solidaridad”.⁷⁰

⁶⁸ *Ibid.*, p. 9.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 16.

Es evidente que la identificación de Ugarte con el socialismo⁷¹ guarda una relación estrecha con su patriotismo revolucionario y su perspectiva internacionalista desde América Latina, en abierta confrontación con el capitalismo y, en particular, con el imperialismo, en su afán por la conformación de una nación por encima de las artificiales fronteras administrativas de estos países.⁷² A inicios del siglo xx el águila imperial nortea ya había desplegado suficientemente sus alas y se había lanzado de forma violenta y sin recato sobre varios polluelos latinoamericanos, de manera que era fácil divisarla en el horizonte cada vez que se lanzaba a un nuevo ataque, de ahí que no sólo socialistas, sino hasta consecuentes liberales como Enrique José Varona se pronunciaron en favor de la soberanía y la unidad de estos pueblos.

En 1896 Varona criticaba la miopía de algunos estadistas latinoamericanos que consideraban la lucha cubana por su independencia como un asunto puramente local. Para él, por el contrario, de la solución de este conflicto “depende ahora y por mucho tiempo, el equilibrio del continente”.⁷³ Desde Nueva York, al frente del periódico *Patria*, desempeñó una extraordinaria labor de fundamentación de las causas y la necesidad de que resultase exitosa la guerra independentista. Dicha labor estuvo dirigida no sólo a la comunidad cubana, sino a los demás países latinoamericanos y en especial a sus gobernantes, a fin de que expresaran su solidaridad activa, como en el caso del Senado de Colombia había hecho el general Rafael Uribe Uribe, que convocó a apoyar materialmente la causa cubana, y encontró apoyo real y participación de muchos colombianos. En plena campaña bélica e ideológica Varona proclamaba: “El interés supremo de América, de la América hispano-lusitana, ante todo consiste en que cese de ser Cuba campo sangriento, donde estén periódicamente en pugna la libertad americana y el despotismo europeo. Lejos de fortalecerse se quebranta

⁷¹ “Los socialistas de hoy no somos enfermos de sensibilidad, no somos dementes generosos, no somos iluminados y profetas que predicamos un ensueño que está en contradicción con la vida, sino hombres sanos, vigorosos y normales que han estudiado y leído mucho, que han desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y conocen los remedios que corresponden a los males que nos aquejan [...] Vamos a probar primero que el socialismo es posible, segundo, que el socialismo es necesario”, *ibid.*, p. xix.

⁷² Véase Oscar Terán, *Antiimperialismo y nación*, México, Siglo XXI, 1979.

⁷³ Enrique José Varona, “Cuba y América”, *Patria* (Nueva York), año v, núm. 291, 14-x-1896, p. 1.

nuestra raza en América con esta guerra tremenda”.⁷⁴ De tal modo daba continuidad a la idea martiana de que en Cuba y Puerto Rico se estaba decidiendo la suerte no de dos islas, sino la dignidad de todos los pueblos latinoamericanos.

En aquellos momentos enfatizaba que “Cuba libre, con el gran porvenir de prosperidad que para ella alborea, será un factor de fortaleza para nuestra raza en América”.⁷⁵ Se trataba, a todas luces, de una idea esencialmente coincidente con la de José Martí, quien pensaba que era precisamente en Cuba donde debía definirse la posibilidad de una ruptura del equilibrio no sólo de las dos partes del continente americano, sino del mundo, si el naciente imperialismo norteamericano llegaba a apoderarse de las mayores islas de las Antillas, como era su ambición y parcialmente lo logró.⁷⁶

Por tal motivo, Varona estimuló siempre aquellas posturas defensoras de la soberanía de estos pueblos. Así, durante la VI Conferencia Panamericana celebrada en La Habana en 1928, felicitó al delegado de Argentina por su postura antiintervencionista⁷⁷ y veía con buenos ojos el incremento del sentimiento solidario latinoamericano entre los pueblos de la región al sur del Río Bravo.

Varona apoyó a México en sus exigencias reivindicativas y de autodeterminación ante Estados Unidos de América. Al respecto planteaba: “Singular miopía hubiera de ser la de un cubano que no comprendiera que el grande esfuerzo de México para poner a salvo sus derechos de soberanía constituye una clara lección y ha de ser un precedente de inestimable valor para todas las naciones débiles, en la vecindad de Estados poderosos y nada escrupulosos”.⁷⁸ El ejemplo de lo ocurrido en México constituía para él una evidencia de las pretensiones imperiales yanquis en relación con el resto de los pueblos de la región, y la resistencia de su pueblo debía estimular a los demás a asumir posturas semejantes.

⁷⁴ Enrique José Varona, “El gobierno provisional de la República de Cuba a las repúblicas de América Latina”, en *id.*, *De la Colonia a la República*, La Habana, Cuba Contemporánea, 1919, p. 30.

⁷⁵ Enrique José Varona, “Cuba en Chile”, *Patria* (Nueva York), año v, núm. 251, 27-v-1896, p. 1.

⁷⁶ Varona, “El gobierno provisional de la República de Cuba a las repúblicas de América Latina” [n. 74], p. 70.

⁷⁷ Elías Entralgo, *Algunas facetas de Varona*, La Habana, Comisión Nacional Cubana de la Unesco, 1965, p. 207.

⁷⁸ Enrique José Varona, “La evolución social en México”, *Cuba Contemporánea* (La Habana), vol. XL (1926), p. 294.

El filósofo cubano —exponente de un positivismo sui géneris—⁷⁹ sabía muy bien que el poderoso vecino se había pertrechado no sólo militar sino ideológicamente, en particular para justificar su política expansionista. Por eso, al usar como pretexto la explosión del buque de guerra estadounidense *Maine* en la bahía de La Habana para justificar la intromisión en las luchas independentistas que desarrollaban a fines del siglo XIX Cuba, Puerto Rico y Filipinas, trataba por todos los medios de que estas naciones no lograsen su plena soberanía, sino que de algún modo quedasen subordinadas a su naciente poderío imperialista. Por tal razón, Varona declaraba:

He sido siempre contrario a la intervención. Los Estados Unidos no necesitaban de la Enmienda Platt para injerirse en nuestros asuntos, ya que tienen en toda América la gran Enmienda Platt, bautizada con el nombre de Doctrina Monroe, tan elástica en su interpretación como acomodaticia en su aplicación. A su conjuro ocupan a Haití, Santo Domingo, Nicaragua; se injieren en Panamá, provocan revoluciones en México, avanzan sobre Sudamérica.⁸⁰

La naturaleza expansionista de los gobernantes norteamericanos constituía para Varona un peligro latente de posibles nuevas *fagocitosis* sobre otros territorios americanos, como ya había sucedido con la mitad del territorio mexicano. Movidado por esas razones de defensa de la soberanía de los pueblos latinoamericanos, en 1919 apoyó la campaña continental para liberar a Santo Domingo de la intervención norteamericana. Para él estaba bien claro que con el poderío económico y militar que tenían los yanquis les resultaba relativamente fácil construir argumentos justificadores de su política interventora, además de que poseían suficientes recursos financieros para comprar la conciencia de algunos dóciles latinoamericanos que preferían perder la soberanía de sus respectivos pueblos antes que la visa norteamericana.

A inicios del siglo XX emergió una nueva generación intelectual, caracterizada por un profundo latinoamericanismo. Entre los

⁷⁹ Véase Pablo Guadarrama y Edel Tussel Oropeza, *El pensamiento filosófico de Enrique José Varona*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1987.

⁸⁰ Enrique José Varona, “Declaraciones”, en Hortensia Pichardo Viñals, *Documentos para la historia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, tomo III, p. 144.

que la conformaron se destacó José Enrique Rodó, quien denunció abiertamente, de forma práctica y militante, la dominación imperialista. Esa postura provenía del espíritu antioligárquico y popular que las ideas de Artigas impregnaron en su pensamiento y que lo condujeron, incluso, a exaltar la exigencia revolucionaria frente al conservadurismo esterilizante que había paralizado el desarrollo socioeconómico y político de los países latinoamericanos tras la conquista de su independencia.

El escritor uruguayo fue heredero del empeño americanista de Bolívar. Más allá de la apología que realizó de la acción heroica del Libertador en el trabajo que le dedicara, admiraba su proyecto de unidad política de estos pueblos para enfrentarse a las diversas modalidades de penetración imperialista, y muy en especial a la de naturaleza económica, además de la cultural e ideológica, desarrollada por Estados Unidos de América, como pudo intuir en su exitoso libro *Ariel* (1900).

En esa generación se destacaría también el filósofo mexicano José Vasconcelos, cuya obra posee un contenido político impresionante. En ella critica abiertamente la injustificada explotación, desde el punto de vista ético, a que los yanquis someten a los pueblos latinoamericanos. Es realmente significativo ese antiimperialismo combinado con su ética, en la cual se expresa la necesidad de una liberación, primero de las conciencias, antes que lograr una liberación de la economía. Por eso insiste tanto en la labor de la educación, mediante la cual hay que gestar un hombre latinoamericano pleno. Se hace frecuente en su lenguaje el término *ser latinoamericano*, que concibe con cualidades distintas a las de los pueblos nórdicos. En clara referencia a la dominación de Estados Unidos de América sobre su país, plantea que la victoria no puede ser argumento de legitimidad ética. Vasconcelos había vivido en carne propia la injerencia yanqui debido a que su infancia transcurrió en la frontera norte de México.

Frente al pragmatismo y al utilitarismo norteamericano, concibe una *raza cósmica*, originada en América Latina. Así queda consignado en su idea “Por mi raza hablará el espíritu”, convertida en lema de la Universidad Nacional Autónoma de México. A su juicio, “los latinoamericanos sintetizan e integran a las cuatro razas fundamentales: la india, la blanca, la negra y la amarilla. La

América es hogar de todas ellas y de todas necesita”.⁸¹ Y por esa condición especial plantea que “mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica”.⁸²

La utopía de América (1925) constituye la obra más sobresaliente de Pedro Henríquez Ureña, una propuesta muy diferente de la norteamericana, que en sus inicios había sido muy justa y bella, pero que finalmente se convirtió en todo lo contrario.⁸³ No basta salvar la cultura de estos pueblos sino alcanzar en primer lugar la justicia social, pues “el ideal de justicia está antes que el ideal de cultura”.⁸⁴ No basta un impulso industrial y riqueza material, sino una mejor distribución de la misma para que América Latina construya su utopía concreta de dignificación de sus hombres, como añoraba Martí. Para el intelectual dominicano “la palabra *utopía*, en vez de flecha destructora, debe ser nuestra flecha de anhelo. Si en América no han de fructificar las utopías, ¿dónde encontrarán asilo?”.⁸⁵ Y confiaba en que “nuestra América se justificará ante la humanidad del futuro cuando, constituida en magna patria, fuerte y próspera por los dones de la naturaleza y por el trabajo de sus hijos, dé el ejemplo de la sociedad donde se cumple la emancipación del brazo y de la inteligencia”.⁸⁶

La labor intelectual y educativa de Henríquez Ureña, desarrollada fundamentalmente en México y Argentina, le permitió alcanzar una mejor comprensión de la cultura latinoamericana que

⁸¹ José Vasconcelos, *La raza cósmica*, en *id.*, *Antología*, México, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1942, p. 129.

⁸² *Ibid.*, p. 130.

⁸³ “Después de haber nacido de la libertad, de haber sido escudo para las víctimas de todas las tiranías y espejo para todos los apóstoles del ideal democrático, y cuando acababa de pelear su última cruzada, la abolición de la esclavitud, para librarse de aquel lamentable pecado, el gigantesco país se volvió opulento y perdió la cabeza; la materia devoró al espíritu; y la democracia que se había constituido para bien de todos se fue convirtiendo en la factoría para lucro de unos pocos. Hoy, el que fue arquetipo de libertad, es uno de los países menos libres del mundo”, Pedro Henríquez Ureña, “Patria de la justicia”, en *id.*, *La utopía de América*, Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama, comps., Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989, tomo xxxvii, pp. 8-11, p. 10.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 11.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 10.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 11.

le permitió escribir un libro compendiador de la misma⁸⁷ así como una denuncia de la voracidad ideológica yanqui.⁸⁸

Algunos acontecimientos trascendentales de la historia latinoamericana, como la Revolución Mexicana o las luchas de Sandino en Nicaragua, contribuyeron en esas primeras décadas del siglo XX a la consolidación del nacionalismo y el latinoamericanismo, frente al imperialismo norteamericano. De acuerdo con Ricaurte Soler: “La contradicción real del latinoamericano sólo se da en los sectores de nuestro continente asociados y solidarios del imperialismo. Por ello con todas sus carencias, ambigüedades y fallecimientos, el nacionalismo de la Revolución Mexicana no dejó de extenderse, por momentos, al conjunto de nuestra América”.⁸⁹ Tales hechos influyeron considerablemente en movimientos populistas como el aprismo, que con un discurso antiimperialista promovía también la unidad latinoamericana.⁹⁰ Otros acontecimientos que incidirían favorablemente en el desarrollo de la cultura integracionista fue el movimiento estudiantil de la Reforma de Córdoba, que se replicó por toda América Latina y dejó un saldo favorable en la toma de conciencia para la unidad de los pueblos de la región.⁹¹

⁸⁷ Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura en la América hispánica*, México, FCE, 1973.

⁸⁸ “Al llegar el siglo XX, la situación se define, pero no mejora: los pueblos débiles, que son los más en América, han ido cayendo poco a poco en las redes del imperialismo septentrional, unas veces sólo en la red económica, otros en doble red económica y política”, Henríquez Ureña, “Patria de la justicia”, en *id.*, *La utopía de América* [n. 83], p. 9.

⁸⁹ Ricaurte Soler, *Idea y cuestión nacional latinoamericanas: de la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, Siglo XXI, 1980 (Col. *América nuestra*), p. 274.

⁹⁰ “El APRA de Haya de la Torre, instalado desde la tradición marxista, da al anti-imperialismo un lugar central en su diseño político ideológico. Partiendo desde esa definición, otro de los baluartes programáticos centrales del APRA fue el llamamiento a la Unidad Latinoamericana y el carácter continental de su despliegue. Al internacionalismo proletario comunista, el aprismo opone un nacionalismo indoamericano. Se plantean como primer paso en el camino de nuestra defensa antiimperialista la unificación política y económica de las veinte repúblicas en que se divide la gran Nación Indoamericana”. En otro documento reafirma este concepto, al concluir que América Latina debe constituir una Federación de Estados, retomando aquella vieja idea bolivariana. En base a esta concepción plantea como estrategia la construcción de un partido político de escala regional, que, según el mismo Haya de la Torre, para 1926 contaba con una ‘vasta sección en Perú y células en México, la República Argentina, América Central, etc.’”, Lafit, “La unidad latinoamericana: genealogía de un proyecto (1808-1930)”, en Barreneche, Bisso y Troisi Melean, coords., *Historia de América Latina* [n. 38], pp. 38-39.

⁹¹ “Cuántas lecciones podemos extraer de esta épica estudiantil que llegaría a una de sus máximas expresiones cuando, en el México de 1921, con una alta representatividad, la juventud universitaria anuncia que luchará contra el nacionalismo y el militarismo,

Pero no sólo ocurrieron acontecimientos políticos y sociales endógenos —como la lucha revolucionaria contra algunas dictaduras; por ejemplo, la que provocó la caída de Gerardo Machado en 1933 y dio al traste con la Enmienda Platt, que autorizaba la intervención norteamericana en Cuba—, sino también exógenos, como el triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia y posteriormente el auge del fascismo, en concordancia con el auge del movimiento obrero e incluso de algunos movimientos campesinos, como el dirigido por Farabundo Martí en El Salvador, por Sandino en Nicaragua, el indígena de Manuel Quintín Lame en Colombia etc., así como la solidaridad con la República Española, con los pueblos sometidos por el fascismo y la euforia por su derrota en la Segunda Guerra Mundial, entre otros.

Sin duda, la cultura integracionista latinoamericana, al enfrentar al panamericanismo, contribuiría a la radicalización de algunos intelectuales que, incluso sin comulgar con el socialismo, al menos admitieron su justificación, como Varona y Vasconcelos, en tanto otros radicalizaron su postura ideológica al punto de confluir con él, como el caso del filósofo argentino José Ingenieros cuya obra llegó a alcanzar gran aceptación entre las nuevas generaciones latinoamericanas de la primera mitad del siglo xx. Ingenieros asumió una clara postura antiimperialista y promotora de la integración. Esto se observa cuando afirma:

No somos, no queremos ser más, no podríamos seguir siendo panamericanistas. La famosa Doctrina Monroe, que pudo parecernos durante un siglo la garantía de nuestra independencia política contra el peligro de conquistas europeas, se ha revelado gradualmente como una reserva del derecho norteamericano a protegernos e intervenirlos. El poderoso vecino y oficioso amigo ha desenvuelto hasta su más alto grado el régimen de la producción capitalista y ha alcanzado en la última guerra la hegemonía financiera del mundo; con la potencia económica ha crecido la voracidad de su casta privilegiada, presionando más y más la política en sentido imperialista, hasta convertir al gobierno en instrumento de sindicatos sin otros principios que captar fuentes de riqueza y especular sobre el trabajo de la humanidad,

por una nueva humanidad, por asociaciones federativas regionales y por la integración de los pueblos en una comunidad universal, ideario que procuró plasmarse en una Federación Internacional y extenderse por los Estados Unidos y varios países europeos”, Hugo Biagini, “Universidad e integración latinoamericana”, *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo), vol. 13 (1996), pp. 119-131, p. 123.

esclavizada ya por una férrea bancocracia sin patria y sin moral. En las clases dirigentes del gran Estado ha crecido, al mismo tiempo, el sentimiento de expansión y de conquista, a punto de que el clásico América para los americanos no significa ya otra cosa que reserva de “América” —nuestra América Latina— para los norteamericanos.⁹²

Tales razones lo conducirían a plantear una revitalización de la integración de estos pueblos por medio de la siguiente propuesta:

Creemos que nuestras nacionalidades están frente a un dilema de hierro. O entregarse sumisos y alabar la Unión Panamericana (América, para los norteamericanos), o prepararse en común a defender su independencia, echando las bases de una Unión Latinoamericana (América Latina para los latinoamericanos). Sabemos que esta segunda tarea es larga y difícil, pues ya tienen muy grandes intereses creados a la sombra de poderosos sindicatos financieros. Desalentarse de antemano por la magnitud de la empresa, equivale a rendirse; ya está vencido el que se considera vencido. Confiar en que la distancia será una defensa natural, importa colocar el peligro en un plazo menos próximo y repetir el cínico “¡Después de mí, el diluvio!”. Suponer que la mayor importancia política implicaría una inmunidad para ciertas naciones, significa olvidar que México tiene, por su población y riquezas naturales, un puesto preeminente en la América Latina, sin que ello aleje la ambición del capitalismo imperialista. ¿Quién podría asegurar que el trigo y la carne, el petróleo y el azúcar, el tabaco y el café, no resultan enemigos naturales de nuestra independencia futura, en tanta mayor proporción cuanto más nos ilusione su abundancia?⁹³

El hecho de que existieran innumerables obstáculos para conformar una confederación de los países latinoamericanos, por la profunda penetración del gobierno y las empresas de Estados Unidos de América, no menguó el optimismo de Ingenieros para promover vehementemente la cultura integracionista, como se evidencia en el siguiente planteamiento:

El viejo plan, esencialmente político, de confederar directamente los gobiernos, parece actualmente irrealizable, pues la mayoría de ellos está subordinada a la voluntad de los norteamericanos, que son sus prestamistas. Hay que dirigirse primero a los pueblos y formar en ellos una nueva conciencia nacional, ensanchando el concepto y el sentimiento de patria, haciéndolo continental, pues así como el municipio se extendió a la provincia, y de la

⁹² José Ingenieros, “José Vasconcelos”, en Zea, coord. e introd., *Ideas en torno de Latinoamérica* [n. 20], p. 1063.

⁹³ *Ibid.*, p. 1068.

provincia al estado político, legítimo sería que alentado por necesidades vitales se extendiera a una confederación de pueblos en que cada uno pudiera acentuar y desenvolver sus características propias, dentro de la cooperación y la solidaridad comunes.⁹⁴

Ahora bien, la cultura integracionista latinoamericana no ha sido promovida desde el proceso independentista hasta la actualidad solamente por intelectuales, sino también por líderes políticos y sociales. Dicha promoción se incrementaría considerablemente en el siglo xx, como lo demuestran las innumerables propuestas de creación de instituciones orientadas a concretar esa anhelada unión.

Entre tales propuestas destaca la de César Augusto Sandino en 1929 —aunque ya desde el año anterior la había expresado:⁹⁵

Hondamente convencidos, como estamos, de que el capitalismo norteamericano ha llegado a la última etapa de su desarrollo, transformándose, como consecuencia, en imperialismo, y que ya no atiende a teorías de derecho y de justicia, pasando sin respeto alguno por sobre los inconvencionales principios de independencia de las fracciones de la *Nacionalidad Latinoamericana*, consideramos indispensable, más aún inaplazable, la alianza de nuestros Estados latinoamericanos para mantener incólume esa independencia frente a las pretensiones del imperialismo de los Estados Unidos de Norte América, o frente al de cualquiera otra potencia a cuyos intereses se nos pretenda someter.⁹⁶

Llama la atención que el documento declare abolir la Doctrina Monroe, crear un ejército latinoamericano y un comité de banqueros, unificar tarifas aduanales y promover el turismo entre los pueblos latinoamericanos, con el objetivo de que logren un mejor conocimiento recíproco. El documento otorga un papel protagónico a los intelectuales y científicos para la instrumentación de

⁹⁴ *Ibid.*, p. 1069.

⁹⁵ “Mi patria, aquello por lo que lucho, tiene como fronteras la América Española. Al empezar mi campaña pensé sólo en Nicaragua; luego en medio del peligro, y cuando me di cuenta que la sangre de los invasores había mojado el suelo de mi país, acrecentóse mi ambición. Pensé en la República Centroamericana, cuyo escudo ha dibujado uno de mis compañeros”. Más tarde en 1933 precisaba mejor sus ideas de este modo: “Este movimiento es nacional y antiimperialista. Mantenemos la bandera de la libertad para Nicaragua y para toda la Hispanoamérica”, César Augusto Sandino citado por Fernando Mires, *La rebelión permanente: las revoluciones sociales en América Latina*, México, Siglo XXI, 1988, p. 233.

⁹⁶ Augusto César Sandino, “Plan de realización del supremo sueño de Bolívar”, 20 de marzo de 1929, en DE: <<http://atlaslatinoamericano.unla.edu.ar/assets/pdf/tomo2/fuentes/cap1/10-plan-de-realizacion-de-supremo-sueno-de-bolivar.pdf>>.

tales proposiciones. Sin duda, era una propuesta muy audaz, bien orientada hacia donde estaba el enemigo principal de los pueblos latinoamericanos y con ideas muy concretas sobre cómo salvaguardar su soberanía, dignidad e integridad. No en balde Sandino fue asesinado, como también lo han sido en extrañas circunstancias otros dirigentes políticos y sociales hasta la actualidad.

El latinoamericanismo tomaría nuevas dimensiones cuando el discurso socialista y marxista comenzó a aterrizar en la realidad de estos pueblos, como es el caso Mariátegui, cuya crítica no se limita al imperialismo, sino a su esencia socioeconómica: el capitalismo. Esto se pone de manifiesto cuando el intelectual peruano plantea:

Hispano-América, Latino-América, como se prefiera, no encontrará su unidad en el orden burgués. Este orden nos divide, forzosamente, en pequeños nacionalismos. Los únicos que trabajamos por la comunidad de estos pueblos, somos, en verdad, los socialistas, los revolucionarios. ¿Qué puede acercarnos a la España de Primo de Rivera? En cambio, ¡qué cerca estaremos siempre de la España de Unamuno, de la España revolucionaria, agónica, eternamente joven y nueva! A Norte América sajona le toca coronar y cerrar la civilización capitalista. El porvenir de la América Latina es socialista.⁹⁷

Tales críticas tenían significativos antecedentes en el pensamiento socialista latinoamericano del siglo XIX, sin embargo la época histórica había cambiado crucialmente. Si con anterioridad el socialismo constituía sólo un ideal distante, ahora tras la Revolución de Octubre en Rusia no era algo tan iluso, independientemente del derrotero que tomaría después la Unión Soviética con el nefasto estalinismo.

Mariátegui insistía en la necesidad de conocer y divulgar los valores de la cultura que él con frecuencia denominó *indo-iberoamericana*. Pero lo que resulta aún más notable es que llegara a sostener la existencia de una identidad del hombre de estas tierras.

La identidad del hombre hispano-americano encuentra una expresión en la vida intelectual. Las mismas ideas, los mismos sentimientos circulan por toda la América indo-española. Toda fuerte personalidad intelectual

⁹⁷ José Carlos Mariátegui, “En el día de la raza”, respuesta a la encuesta de *Variadas* (Lima), 13 de octubre de 1928, en DE: <https://www.marxists.org/espanol/mariateg/oc/la_novela_y_la_vida/paginas/el%20dia%20de%20la%20raza.htm>.

influye en la cultura continental. Sarmiento, Martí, Montalvo, no pertenecen exclusivamente a sus respectivas patrias; pertenecen a Hispanoamérica.⁹⁸

Sólo un intelectual comprometido con la praxis revolucionaria de su tiempo podría arribar consecuentemente a tales conclusiones, a fin de que le sirvieran de sostén a sus proyecciones emancipadoras. En verdad, Mariátegui no fue europeizante, como se le criticó en su propia época —y supo reaccionar ante tales acusaciones— ni tampoco chovinista, como pudiera considerarse por su marcado interés en peruanizar el Perú y rescatar lo nacional frente a lo exótico. Fue sencillamente un intelectual orgánico y auténtico que enalteció el humanismo práctico —fundamentalmente por su reivindicación de la dignidad del indígena y sus valores culturales, pero también de todos los oprimidos del mundo— que, como tendencia, ha caracterizado a los mejores exponentes del pensamiento latinoamericano desde sus orígenes hasta la actualidad.

Conclusiones

EL pensamiento político, filosófico, jurídico etc., al igual que numerosas expresiones de la vida artística y literaria en América Latina, se ha caracterizado por sus contribuciones al enriquecimiento de la cultura integracionista. Sin embargo, sería iluso pensar que esta tendencia ha sido constante y teleológicamente progresiva. Múltiples fueron y siguen siendo los obstáculos⁹⁹ que han impedido un proceso integracionista más efectivo.¹⁰⁰ Como en todo devenir ideológico, ha tenido etapas de avances significativos, de estancamiento y hasta de retrocesos parciales, sin que ello signifique

⁹⁸ José Carlos Mariátegui, “La unidad de la América indoespañola”, en *id.*, *Obras*, Lima, Amauta, 1982, tomo II, p. 182.

⁹⁹ Véase Pablo Guadarrama González, “Elementos obstaculizadores de la cultura integracionista latinoamericana”, *Opción. Revista de Ciencias Humanas y Sociales* (Maracaibo, Universidad del Zulia), vol. 36, núm. 93 (2020), pp. 254-270, en DE: <<https://produccioncientificaluz.org/index.php/opcion/article/view/32737/34247>>.

¹⁰⁰ “La pobreza, el caudillismo, la estrecha dependencia colonial precedente y el aislamiento en que ella nos mantuvo entre nosotros, impidieron que el ideal de los Libertadores se hiciera realidad, y que la independencia política fuera a la vez el nacimiento y consolidación de una gran asociación de pueblos, porque —al revés que en otras jóvenes nacionalidades, en otros escenarios— las fuerzas de la dispersión pudieron más que las de cohesión”, Felipe Herrera, *Nacionalismo, regionalismo, internacionalismo*, Buenos Aires, Intal, 1970, p. 94.

que luego de éstos se haya tenido que partir de cero para iniciar de nuevo el camino inicialmente recorrido.

En verdad, en la construcción de la cultura integracionista latinoamericana se observa una tendencia de aceleración en correspondencia con acontecimientos sociopolíticos significativos, como la Revolución Mexicana, la Revolución Cubana, la Revolución Nicaragüense o el triunfo electoral de gobiernos de lo que se conoce como el progresismo a inicios del siglo XXI. Pero de igual forma influyeron otros acontecimientos que tendrían repercusión mundial como las luchas por los derechos civiles en Estados Unidos de América, los movimientos estudiantiles europeos, que repercutieron no sólo en la matanza de Tlatelolco; los movimientos de protesta por la guerra de Vietnam, entre otros, darían lugar a un sentimiento antiimperialista y de solidaridad entre diferentes grupos sociales latinoamericanos favorecedores de nexos de unidad y, por tanto, de la cultura integracionista.

No resulta difícil observar notables diferencias en el ritmo de constitución de entidades no sólo integracionistas, sino también de instituciones culturales, movimientos intelectuales o artísticos en periodos anteriores en relación con etapas posteriores a tales acontecimientos. Eso significa que dicha cultura no tiene una vida propia que como magistral entelequia discurra por encima de los procesos socioeconómicos y políticos que han marcado la historia latinoamericana desde el inicio de la vida republicana hasta la actualidad.

Numerosos ejemplos pueden validar esta afirmación. En aquellos periodos en que el predominio norteamericano se ha fortalecido a nivel mundial —como tras las dos posguerras o con el derrumbe del campo socialista y el consecuente auge del neoliberalismo, con las nuevas formas de dominación imperialista,¹⁰¹ apuntaladas con la instalación de algunos gobiernos de derecha—,¹⁰² la cultura integracionista ha encontrado no sólo mayores obstáculos para su

¹⁰¹ Véase Juan Bosch, *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1966), La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2007.

¹⁰² Véase Pablo Guadarrama González, “Nuevas derechas ante la integración latinoamericana”, en Jairo Estrada Álvarez, Carolina Jiménez Martín y José Francisco Puello-Socarrás, eds., *Contra Nuestra América: estrategias de la derecha en el siglo XXI*, Buenos Aires, Clacso, 2020, pp. 185-205, en DE: <https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/libro_detalle.php?id_libro=1836&orden=&pageNum_rs_libros=0&totalRows_rs_libros=1375>.

despliegue, sino que sus instituciones se han visto mermadas. Afortunadamente en años recientes tales gobiernos neoliberales han mostrado sus fracasos, no sólo en las urnas.

Esto no significa que con ese triunfalismo neoliberal se debiliten o desaparezcan del todo algunas progresistas instituciones de integración —como ha sucedido con la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América¹⁰³ y con la Unión de Naciones Suramericanas— sino que han aparecido otras con diferentes objetivos. Estas últimas, en lugar de favorecer a países con menos niveles de desarrollo, aspiran solamente a beneficiar a aquellos que ya gozan de determinadas condiciones favorables de desarrollo socioeconómico, como puede apreciarse en el caso del Mercado Común del Sur, la Alianza del Pacífico o Prosur.

En fin, en dialéctica interacción la cultura integracionista latinoamericana es producto y a la vez productora de procesos favorables a la permanente construcción de la identidad de los pueblos que, desde la lucha por sus derechos durante el periodo colonial, se ha caracterizado por su espíritu contrahegemónico y propugnador de diversas formas de humanismo práctico que ha tenido que enfrentarse a diferentes poderes enajenantes. Los que se desaniman y abandonan la confianza en la posibilidad de la integración latinoamericana deben, al menos, tener el elemental pudor de apartarse del camino, en lugar de obstaculizarlo o ponerse al servicio de las nuevas fuerzas que pretenden seguir dividiendo a estos pueblos para dominarlos mejor. Los que confían en la posibilidad de dicha integración deben analizar los errores cometidos por generaciones anteriores que han dificultado ese proceso, pero mucha mayor atención deben otorgar a las ideas de intelectuales y líderes sociales o políticos y, sobre todo, a su praxis, a sus experiencias de unificación, a las instituciones que coadyuvaron a conformar, para elevarse sobre sus atalayas y construir nuevas murallas de integración de Nuestra América.

¹⁰³ Véase Atilio Borón, “Alba y TCP: posibilidades y perspectivas”, en Osvaldo Martínez *et al.*, *La integración en América Latina: de la retórica a la realidad*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, pp. 89-135.

RESUMEN

Análisis sobre el desarrollo de la cultura integracionista en América Latina. Contrariamente a la suposición de que la independencia de las antiguas colonias de España y Portugal en América conduciría al debilitamiento de la cultura integracionista, por la fragmentación política que tal hecho implicaba, la vida republicana la fortaleció. Esto se explica en gran medida, al menos entre la intelectualidad y los dirigentes políticos más auténticos, por la necesidad de oponerse al panamericanismo yanqui que en la actualidad pervive de varias formas.

Palabras clave: América Latina siglos XIX y XX, intelectualidad latinoamericana, Simón Rodríguez (1769-1854), Andrés Bello (1781-1865), José María Torres Caicedo (1830-1889), Enrique José Varona (1849-1933), José Vasconcelos (1882-1959), Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), Augusto César Sandino (1895-1934), José Carlos Mariátegui (1894-1930).

ABSTRACT

Analysis of how integrationist culture unfolded in Latin America. Counter to the assumption that earlier Spanish and Portuguese colonies in America would undermine integrationist culture due to political fragmentation, Republican life strengthened it. This is mainly due, at least among intellectuals and genuine political leaders, to a need to counteract Yankee Pan-Americanism, still thriving, as seen in several forms.

Key words: Latin America 19th and 20th centuries, Latin America intellectuals, Simón Rodríguez (1769-1854), Andrés Bello (1781-1865), José María Torres Caicedo (1830-1889), Enrique José Varona (1849-1933), José Vasconcelos (1882-1959), Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979), Augusto César Sandino (1895-1934), José Carlos Mariátegui (1894-1930).